EL SIGLO XVII

EUNUCOS I BANDIDOS

Los viajeros y los misioneros habían elogiado unívocamente la estabilidad política y militar del Imperio Ming. Aun así, a mediados del siglo XVII, la feliz dinastía Ming fue derrocada. ¿Fue un final inevitable o al menos muy predecible? La caída de la dinastía fue consecuencia de la combinación de tres grandes problemas: la debilidad y arbitrariedad de la autoridad imperial, las rebeliones internas y las amenazas externas. Nada de esto era nuevo. En sus 250 años, la dinastía había superado crisis similares, pero esta vez los problemas se mezclaron de una manera indisociable.

El primer elemento de la crisis fue provocado por la frágil y errática autoridad imperial. La corte real había entrado en el siglo XVII de la mano del perezoso emperador Wanli, que pasó la mayoría de su reinado recluido en sus aposentos. Durante el breve reinado de su sucesor, desde 1620 a 1627, la corte se dividió en múltiples bandos y los eunucos consiguieron el poder absoluto. Esto permitió que uno de ellos, Wei Zhongxian, construyera una extensa red de agentes que ostentaban los puestos más importantes en la capital y en las provincias.

Wei Zhongxian organizó numerosas persecuciones contra los funcionarios y suprimió, con una ferocidad desatada, la asociación de sabios más influyente, la academia Donglin, privando a la dinastía de cientos de voces críticas. Los militares también se vieron afectados, especialmente porque sus puestos dependían no solo de los resultados de sus exámenes específicos, sino también de la voluntad del emperador, que podía ascenderlos o bajarlos de categoría. En este clima de división que prevalía en la corte, tanto la victoria como la derrota podían falsearse.

Con la muerte del emperador en 1627, el poder de Wei Zhongxian se debilitó y, tras unos meses, el nuevo emperador Chongzhen le obligó a suicidarse. Pero la red de corrupción que había creado no desapareció. Además, el nuevo emperador Chongzhen, que sería el último de la dinastía Ming, carecía de liderazgo. Sus decisiones eran erráticas y arbitrarias, y aumentaban la confusión en todos los niveles. Todas las autoridades militares que luchaban tenazmente contra los bandidos o los manchúes fueron víctimas de su propia popularidad y finalmente

fueron asesinados junto con sus familias. El último emperador Ming era incompetente, pero también lo fueron la mayoría de los emperadores chinos, y sin duda esta no fue razón suficiente para acabar con la dinastía.

El segundo elemento de la crisis fueron las rebeliones campesinas que se extendieron por todo el Imperio, mayoritariamente desde el noroeste. Allí, las sublevaciones locales endémicas se mezclaban con las bandas de desertores del ejército que, desesperados por la falta de recursos económicos, merodeaban al sur de la Gran Muralla.

También hay que tener en cuenta la crisis climática mundial que en el siglo XVII trajo sequías, hambruna y guerra en todas partes.

En 1630, surgieron dos grandes bandas de bandidos. Sus líderes eran Li Zicheng y Zhang Xianzhong. Sus bandas arrasaron el norte de China, pero cosecharon un gran apoyo gracias a su política de repartir a los pobres parte de lo que habían robado a los ricos, y de ejecutar a sangre fría a cualquier funcionario o propietario de tierras que se les pusiera delante. Así, sus ejércitos crecieron rápidamente con cientos de miles de seguidores. Los saqueos e incendios de las tumbas imperiales de los Ming les confirieron un aura terrorífica y dieron un fuerte sentido político a su movimiento.

Zhang Xianzhong se estableció en la provincia de Sichuan, donde instauró un sistema de administración civil que gozó temporalmente de cierta credibilidad entre la población general.
Pero cuando los ejércitos manchúes lo asaltaron, emprendió una campaña de terror para evitar las deserciones. Según algunas fuentes, un millón de personas fueron asesinadas, cuando la población provincial total era de tres millones. La represión manchú que vino después fue igual de feroz y la gran Sichuan permaneció devastada durante décadas. Cientos de miles de personas migraron a las provincias cercanas.

El otro líder de los bandidos, Li Zicheng, tenía una personalidad más carismática que atrajo a muchas bandas de rebeldes más pequeñas y a grupos cada vez más grandes de campesinos pobres. Por otro lado, muchos de los funcionarios de menor rango de la dinastía Ming creían que la trayectoria de Li Zicheng era muy similar a la del emperador que fundó la dinastía, Hongwu, quien también había sido campesino rebelde en sus inicios. La banda original de Li Zicheng ya era un verdadero ejército cuando tomó Luoyang, una ciudad muy importante situada a orillas del río Amarillo. La ciudad fue saqueada a conciencia y, tras repartir de manera oportuna una parte

del botín entre los pobres, multitud de personas se unieron a su ejército. Siguiendo el río Amarillo hacia el este, asedió posteriormente la ciudad de Kaifeng, donde tanto él como los ejércitos Ming destruyeron los diques del río para acabar con las fuerzas enemigas. La inundación que provocaron ahogó a 300.000 personas y sumergió la ciudad de Kaifeng, que quedó cubierta de barro durante más de una década.

En 1642 Li Zicheng lideró un ejército de 400.000 soldados y conquistó Xi'an, donde estableció la capital de la nueva dinastía. Luoyang, Kaifeng y Xi'an eran antiguas capitales chinas y eso le confirió a Li Zicheng un aura imperial. En 1644, sus tropas, tras tomar Beijing, saquearon a fondo la ciudad y la incendiaron. Mientras tanto, el último emperador Ming subió a una pequeña colina en la Ciudad Prohibida y se ahorcó. Como apuntan algunas fuentes, la dinastía que había sido fundada por un bandido, fue destruida por otro bandido. La dinastía Qing aborrecería el recuerdo de aquellos dos líderes bandidos y los llamaría bandidos indeseables. Sin embargo, en la China contemporánea, han entrado en el panteón heroico de Mao, donde aparecen como precursores de las grandes rebeliones de los siglos XIX y XX: la Rebelión Taiping y la Revolución Comunista.

Los carteles maoístas muestran a Li Zicheng con un atuendo de película, bello y tranquilo, con porte impertérrito, montado sobre un enérgico caballo, escoltado por bandidos afables y animado por una multitud entusiasmada. En otro cartel aparece con gesto orgulloso, liderando a las alegres masas de campesinos y funcionarios hacia un futuro prometedor y esparciendo un haz de luz sobre un campo de abundante vegetación y humeantes ruinas de palacios. En 1990 se acuñaron monedas conmemorativas de Li Zicheng. Actualmente es el héroe de muchas novelas y películas populares chinas, y su estatua en Beijing mira orgullosamente hacia la Ciudad Prohibida que él mismo incendió.